

*François Hartog*

EL ESPEJO DE HERÓDOTO  
ENSAYO SOBRE LA REPRESENTACIÓN DEL  
OTRO

El nombre de Heródoto

It is a strange truth that Herodotus has really become the father  
of history only in modern times.

A. MOMIGLIANO

Desde Heródoto hasta nuestros días, a lo largo de veinticinco siglos, se extiende el largo cortejo de sus intérpretes: traductores, comentaristas y críticos;<sup>1</sup> todos los que alguna vez tuvieron algo que ver con él y prestaron declaración en el proceso perpetuo que la posteridad no termina de instruir sobre el caso de Heródoto. Proceso que no puede terminar, al menos mientras Heródoto sea esta figura remota colocada en la linde de la historia. Pero este proceso, en el cual jamás se pronuncia una sentencia definitiva –porque cada sentencia anterior es considerada un mero testimonio hacia un fallo nuevo, en esta investigación que jamás se detiene– es también el que asegura la inmortalización de Heródoto; la impronta misma de su inmortalidad. Porque Heródoto nunca deja de ejercer cierta fascinación: es el padre a evocar o invocar, el fantasma a exorcizar, el espectro del cual deshacerse.

Durante mucho tiempo, se trató de demostrar la culpabilidad de Heródoto, sacar a la luz sus mentiras; luego el proceso cambió. Durante el largo tiempo que siguió, se trató de recuperar la verdadera figura de Heródoto, más allá de las interpretaciones, como si fuera posible soslayarlas, colocarlas entre paréntesis; y se contaba para ello con los recursos de la etimología, la filología y el conocimiento de las

---

\* Es una extraña verdad que Heródoto se haya convertido realmente en el padre de la historia apenas en los tiempos modernos.

<sup>1</sup> Agradezco a aquellos que en el curso de este trabajo (defendido como tesis de grado en la Universidad de Franche-Comté, junio de 1979), tuvieron la cordialidad de prestarme sus ojos y oídos; en particular, Michel de Certeau, Marcel Detienne, Jean-Louis Durand, Pierre Lévêque, Éric Michaud, Jacques Revel, Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet. Agradezco también a Pierre Nora y a Éric Vigne.

Escrituras. Hoy ha cambiado el sentido mismo de la palabra proceso: sólo indica el movimiento de las interpretaciones, si es verdad que esas interpretaciones sucesivas son tan parte de Heródoto como el texto mismo de la *Historia*; porque “la obra nos da más en qué pensar dentro del espacio que le abre el pensamiento de otros”.<sup>2</sup> Así, no se puede escribir sobre la *Historia* de Heródoto independientemente de una historia de sus interpretaciones. Pero ésta conduce a una historia de la historia antigua, incluso de la historia a secas, si es verdad que el nombre de Heródoto designa al padre de esta disciplina.<sup>3</sup>

¿Qué se sabe de él? Poca cosa, no directamente por él mismo sino a través de algunas noticias tardías, de las cuales algunos se han empeñado en demostrar su carácter ficticio.<sup>4</sup> “Heródoto de Halicarnaso”, dicen los manuscritos, “Heródoto de Turio”, responde la tradición indirecta. Se puede decir, primero de Halicarnaso, donde nació hacia el 480 a.C., y luego de Turio, en el sur de Italia, cuando se volvió ciudadano.<sup>5</sup> Durante un tiempo conoció el exilio en Samos; viajó por el Oriente Medio, sobre todo Egipto; en torno del Mar Negro hacia el norte; en el sur de Italia hacia el oeste; también por Grecia continental.<sup>6</sup> Permaneció un tiempo en Atenas y se fue a Turio. Murió durante la década de 420 a.C., en Turio, donde según una tradición fue enterrado en el ágora; otras tradiciones aseguran que murió en Atenas o incluso en Pella, Macedonia.<sup>7</sup> Por consiguiente, su vida transcurrió entre dos conflictos importantes: las guerras médicas, que no conoció, y la guerra del Peloponeso, que siquiera conoció en sus comienzos.

“Ésta es la exposición del resultado de las investigaciones (*historíe*) de Heródoto de Halicarnaso, para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas (*érga*) realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en

---

<sup>2</sup> C. Lefort, *Le Travail de l'oeuvre: Machiavel*, París, Gallimard, 1972, p. 24.

<sup>3</sup> Una manera de eludir el problema consiste en jugar con el parentesco. Así, Marrou sostiene: “Heródoto aparece menos como ‘el padre de la historia’ que como un abuelo que ha regresado un poco a la infancia, y la veneración que profesamos por su ejemplo no está exenta de cierta sonrisa protectora” (*De la connaissance historique*, París, 1975, p. 27 [trad. cast.: *El conocimiento histórico*, Barcelona, Idea Books, 1999]).

<sup>4</sup> Por ejemplo, Ad. Bauer, *Herodotos Biographie*, Viena, 1878. Sobre su biografía se puede consultar Ph.-E. Legrand, *Hérodote*, Introducción, París, Collection des Universités de France, 1955, pp. 5-37.

<sup>5</sup> Turio, colonia panhelénica fundada en 444-443; véase Ed. Will, *Le Monde grec et l'Orient*, París, 1972, pp. 276-282 [trad. cast.: *El mundo griego y el oriente*, Madrid, Akal, 1999].

<sup>6</sup> Los viajes de Heródoto también han sido puestos en duda: simuló viajes que no realizó o sólo hizo parcialmente; el maestro en la materia es A. H. Sayce, *The Ancient Empires of the East, Herodotus I-III*, Londres, 1883, pp. xxv-xxx.

<sup>7</sup> Suda, s.v. Herodotos; Marcelino, *Vida de Tucídides*, 17, ¡dice incluso que las tumbas de Heródoto y Tucídides son vecinas!

especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce.” Así comienza la obra que llamamos la *Historia* pero que, de acuerdo con el uso de la época, no lleva título. Estas líneas han fascinado a los comentaristas, para quienes descubrir el significado exacto de cada palabra, ante todo la más famosa, *historié*, permite aprehender el sentido de la empresa herodotiana.<sup>8</sup>

La *Historia* se divide en nueve libros, cada uno encabezado por el nombre de una de las nueve Musas. Pero ni la división ni el patrocinio se deben al mismo Heródoto: por el testimonio de Luciano (siglo II de nuestra era), seguramente no son anteriores a la época helenística; por consiguiente, indican un cierto estado de la obra, pero también de la manera como ésta era recibida por el público de la época: algo propio de las Musas, es decir, de la poesía, el placer, la ficción. El autor Heródoto no habla sino de su *lógos*, o sus *lógoi*, relatos. En los nueve libros se suceden, se empalman y en ocasiones se cruzan distintos *lógoi* en torno del proyecto central: evitar que los hechos de los hombres se borren y dejen de ser relatados. Los cuatro primeros libros consisten principalmente en relatos sobre otros, los no griegos (lidios, persas, babilonios, masagetas, egipcios, escitas, libios...), mientras que los cinco últimos están reservados en gran medida a las guerras médicas.

¿Qué efecto tuvo la *Historia*, cómo fue recibida? Estas preguntas no admiten una respuesta precisa porque carecemos de los medios para reconstruir el “horizonte de expectativas” en el cual apareció,<sup>9</sup> así como para rastrear en el tiempo la historia de sus repercusiones. No obstante, parece que la *Historia* se difundió rápidamente, por lo menos en Atenas; que gozó de reconocimiento y renombre duradero a lo largo de la Antigüedad,<sup>10</sup> pero que también fue objeto de críticas y ataques igualmente inmediatos y duraderos: Heródoto es un ladrón y, peor aún, un mentiroso. La Antigüedad ha creado así un Heródoto bifronte, y hace de su nombre, que todos conocen, un nombre doble, el del padre de la historia y un mentiroso, acaso el padre mismo de la mentira.<sup>11</sup>

En 1768, Voltaire presenta la *Historia* en estos términos: “Al relatar a los griegos los nueve libros de su historia, los sedujo con la novedad de

---

<sup>8</sup> Desde luego, se procuró un gramático (del tiempo de Nerón) para sostener que el prólogo no era suyo sino de su amigo el poeta Plesírroos (Focio, *Biblioteca*, 148 b).

<sup>9</sup> Sobre el concepto de horizonte de expectativas, véase H. R. Jauss, *Pour une esthétique de la réception*, trad. francesa, París, 1978, pp. 49, 257-262.

<sup>10</sup> K. Riemann, *Das Herodoteische Geschichtswerk in der Antike*, Munich, Dis., 1967.

<sup>11</sup> A. Momigliano, “The place of Herodotus in the history of historiography”, en *Studies in Historiography*, Londres, 1969, pp. 127-142, donde rastrea de manera notable el itinerario del nombre de Heródoto [trad. cast.: *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984].

su empresa, el hechizo de su dicción y sobre todo con sus fábulas”.<sup>12</sup> La novedad de su empresa es lo que explica Euclides al joven Anacarsis al mostrarle el anaquel de su biblioteca dedicado a la historia: “Abrió a los ojos de los griegos los anales del universo conocido y les ofreció, bajo un mismo punto de vista, todo aquello que había sucedido de memorable en el lapso de aproximadamente doscientos cuarenta años”;<sup>13</sup> el hechizo de su dicción es todo lo que se escribió sobre Heródoto, maestro del jónico, entre el siglo IV y la época imperial; por su parte, las fábulas remiten al Heródoto relator de *mûthos*, mitólogo y seductor, denunciado en primer término por Tucídides, pero que es necesario seguir denunciando, o mejor aun, saber reconocer, puesto que un autor tan “respetable” como Rollin se deja atrapar y “nos adormece con todos los cuentos de Heródoto”.<sup>14</sup>

Esta frase no hace más que resumir, al yuxtaponerlos, los puntos de vista tradicionales sobre el autor de la *Historia*: primer historiador; gran artista; mentiroso. Pero cómo se introduce un poco de orden en estos conceptos y, primero y principal, se distingue lo que es verdad, o sea historia, de lo que es embuste, o sea fábula. Voltaire, en el capítulo titulado “Acerca de la historia de Heródoto”, propone una solución: “Casi todo lo que relató sobre la fe de los extranjeros es fabuloso, pero todo lo que vio es verídico”. Opta por el ojo en contra de la oreja, la autopsia a costa del oído (*akoé*), es decir, los *genóiena*, los hechos, contra las *legómena*, las palabras. Al basarse en semejante método para reconocer la verdad, en realidad, Voltaire se limita a retomar el criterio tucidideano: la autopsia ante todo, y fuera de la autopsia no hay historia. Pero Tucídides extraía las consecuencias de esta posición metodológica: condenaba a sus antecesores que habían creído hacer la historia del pasado, incluso cercano; que habían creído (o hecho creer) que escribían una historia veraz, por ejemplo, la de las guerras médicas; condenaba en primer término a Heródoto.

Aunque aplica el criterio de verdad tucidideano, Voltaire parece “olvidar” sus implicaciones: Heródoto no vio directamente las guerras médicas, su relato se basa en las *legómena*,<sup>15</sup> por lo tanto está sujeto a prevención. Muy por el contrario, tras eliminar el Heródoto de los cuentos, conserva el Heródoto de la autopsia, que por arte de magia resulta ser el historiador de las guerras médicas, es decir, el “modelo de los historiadores”. Más aún: la historia de las guerras médicas no sólo es posible, sino que con ella comienza en verdad la historia: “Cabe reconocer que la historia no comienza para nosotros sino con los emprendimientos de los persas contra los griegos. Antes de esos

---

<sup>12</sup> Voltaire, *Le Pyrrhonisme en histoire...* (1768), en *Oeuvres complètes*, París, Garnier, 1879, Mélanges VI, p. 246.

<sup>13</sup> Abate Barthélemy, *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*, París, 1788, t. III, p. 458.

<sup>14</sup> Voltaire, ob. cit., p. 236; Ch. Rollin, autor de una *Histoire ancienne* (1730-1738).

<sup>15</sup> Aunque esas palabras no son de extranjeros.

grandes sucesos no hay sino relatos vagos, envueltos en cuentos infantiles. Heródoto se convierte en el modelo de los historiadores cuando describe esos preparativos prodigiosos de Jerjes para subyugar a Grecia y luego a Europa”.<sup>16</sup> Heródoto es el historiador de las guerras médicas y con éstas comienza la historia: por consiguiente, Heródoto es el “modelo de los historiadores”. ¿Pero por qué la historia comienza con las guerras médicas y no con el hecho de que Heródoto las ha relatado? Se va de Heródoto a las guerras o de éstas a aquél, pero en realidad no se sale de Heródoto.<sup>17</sup>

Así, el texto de Voltaire se basa en una división: hay un historiador de las guerras médicas y otro Heródoto, relator y viajero; ya no uno sino dos nombres de Heródoto. Aunque ayuda a cimentar esta división, Voltaire no es su inventor. Testimonio de ello es el grabado de carátula para la edición de J. Gronovius de Leyden en 1715.<sup>18</sup> Una nube de gloria divide el espacio del grabado por la mitad; la nube, sobre la cual vuelan las nueve Musas (imagen de los nueve libros) se extiende del cielo hasta un busto de Heródoto, barbudo y de ojos ciegos. A la derecha y en primer plano, cuatro Musas despliegan un gran pergamino que aparece como la transcripción visual del relato, es decir, de las guerras médicas. Una Musa de pie, acodada en el busto, señala el pergamino con el dedo, dando a entender al espectador-lector que ante sus ojos se extiende el título de gloria, el motivo de la coronación póstuma del historiador. En esta Musa se puede reconocer a Clío, la que canta la “gloria de los héroes” (*kléa antrópon*), cuyo atributo esencial en las representaciones figurativas es precisamente el volumen:<sup>19</sup> aquí, de pie entre el busto y el gran volumen de las guerras médicas, es a la vez mediadora del relato e inspiradora del *hístora*.

Luego, a cada lado de la nube, se distingue el fondo, el decorado: arriba y a la izquierda se reconoce fácilmente Babilonia con su muro, la gran torre del santuario y el Éufrates que atraviesa la ciudad por el

---

<sup>16</sup> Voltaire, ob. cit., p. 247.

<sup>17</sup> Tucídides sin duda intentó minimizar las guerras médicas en comparación con la del Peloponeso (I, 23), pero en esto no lo ha seguido la posteridad, para la cual simbolizan más o menos la victoria de la libertad sobre el Asia esclavista. Así, para Hegel, esas batallas “no sólo viven, inmortales, en el recuerdo de la historia de los pueblos, sino también en el de la ciencia y el arte, la nobleza y la moral en general. Porque son victorias históricas de envergadura universal; salvaron la civilización y quitaron todo vigor al principio asiático...” (*Leçons sur la philosophie de l'histoire*, trad. francesa, París, 1963, p. 197 [trad. cast.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Editorial, 2001]). También J. S. Mill: “La batalla de Maratón, incluso como suceso de la historia inglesa, es más importante que la batalla de Hastings. Si el desenlace de aquel día hubiera sido distinto, los británicos y los sajones tal vez seguirían deambulando por los bosques”. (*Discussions and Dissertations*, 11, 1859, p. 283).

<sup>18</sup> Véase la ilustración “Heródoto, ‘historiador de las guerras médicas’ coronado por las musas”, fuera de texto.

<sup>19</sup> *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, véase Musas.

medio; abajo a la derecha, ocupando más espacio, está Egipto, representado por el Nilo y las pirámides, claro está, pero también por un conjunto de objetos típicos, incluido un escriba acuclillado y jeroglíficos. Evidentemente, el grabador no eligió esos motivos al azar, pero lo más interesante es que el viajero Heródoto aparece como parte del decorado y sólo eso, como un fondo sobre el cual se puede desplegar el gran memorial del historiador. Este grabado, en definitiva banal, está estructurado en función de esta división que se limita a ilustrar: hay dos Heródotos: el historiador de las guerras médicas<sup>20</sup> y el otro Heródoto, ante todo el de los otros, los no griegos.

La división se ve reforzada de manera magistral en el interior mismo del campo de los estudios clásicos. La larga reseña escrita en 1913 por el mayor especialista en los historiadores griegos y publicada en ese instrumento austero de consulta que es la *Real Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* le hizo juego durante mucho tiempo y aún hoy es autoridad.<sup>21</sup> Antes que historiador, Heródoto fue geógrafo y etnógrafo. Por consiguiente, están el viajero y el historiador de las guerras médicas, pero el viajero se convirtió en historiador y la obra da testimonio tanto de las dos etapas como de la transición de una a otra. Así, se combinan división y evolución.

Por eso, sin poner el esquema en tela de juicio, a los intérpretes no les quedaba otra opción que desplazar la demarcatoria entre el historiador y el otro, adelantando o retrasándola, de acuerdo con la extensión que atribuyen en definitiva a la palabra *historia*.

A excepción de un libro muy aislado, publicado en 1937,<sup>22</sup> habrá que esperar hasta los años cincuenta<sup>23</sup> y sobre todo hasta fines de los sesenta, cuando aparece un conjunto de trabajos, para que se modificara el enfoque. En efecto, algunos eruditos se empeñan en borrar la línea demarcatoria, al mostrar que no está inscrita en el propio texto: tratan de demostrar que los dos nombres de Heródoto no son sino uno solo. Estos estudios, aunque diferentes entre sí, tienen un punto en común: la desconfianza en los presupuestos (por ejemplo, en una definición más o menos explícita de la historia) y, por el contrario, la intención de estudiar el texto mismo, tratándolo como una totalidad. Es lo que propone Myres cuando intenta aclarar la composición de los *lógoi* mediante una comparación con la escultura: para describir una escena, Heródoto procede como el artista que, al esculpir el frontón de un templo, se desvela por la simetría, o que, para desplegar un friso, obedece a cierto ritmo. Más deliberadamente aún, Immerwahr, por

---

<sup>20</sup> *Hérodote, historien des guerres médiques*, París, 1894, es el título del libro, importante en su época, de A. Hauvette.

<sup>21</sup> F. Jacoby, *R.E.*, Suppl. II, 205-520.

<sup>22</sup> M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig, 1937.

<sup>23</sup> J. L. Myres, *Herodotus Father of History*, Oxford, 1953.

caso, quiere tratar la obra como “una unidad orgánica poseedora de su propia inteligibilidad”.<sup>24</sup>

La división de la que daban testimonio, cada uno a su manera, la carátula, el texto de Voltaire y la reseña de Jacoby, permitía contener el problema angustioso de la verdad y la mentira, y poner un poco de orden en el de la paternidad. Pero a partir de que un análisis del texto falla a favor de la unidad de la obra, de que no hay dos nombres sino uno solo, y el problema de la historia, hasta entonces soslayado, reaparece en el interior del texto y acaba por estallar en el seno del nombre mismo de Heródoto: al fin y al cabo, ¿qué es la *Historia* y qué es la *historie*? ¿Qué es un *hístor*?, e incluso, ¿es el padre de la historia un historiador?<sup>25</sup> Son interrogantes inevitables en el camino del intérprete.

### *El espejo de Heródoto*

El punto de partida de este libro está indicado en el subtítulo: “Ensayo sobre la representación del otro”. En efecto, se trataba de ver cómo los griegos de la época clásica se figuraban a los otros, los no griegos; mostrar de qué manera o maneras hacían etnología; en síntesis, de esbozar una historia de la alteridad con su ritmo, sus acentos y pausas, si era posible determinarlos. Evidentemente, semejante investigación no podía eludir a Heródoto, pero muy rápidamente se hizo evidente que era confuso, o mejor aun, que valía la pena detenerse en él porque su texto era el lugar privilegiado donde se anudaba y planteaba el conjunto de interrogantes, a su vez reiterados, rechazados, transformados o planteados por la interpretación, que conducían a fin de cuentas al de la práctica de la historia. Por eso este libro acabó por titularse *El espejo de Heródoto*.

En efecto, la *Historia* es ese espejo en el cual el historiador jamás dejó de mirarse, de preguntarse sobre su propia identidad: es el mirador-mirado, el interrogador-interrogado, finalmente llevado a desconocer sus títulos y cualidades. ¿Qué es él: historiador o mentiroso? De ahí la importancia, en la historia de las interpretaciones de Heródoto, de señalar bien la cesura entre el historiador de las guerras médicas y el Heródoto de los otros, tratado con frecuencia como otro Heródoto. Dónde está: ¿está al servicio de un príncipe o una ciudad, *en función* de ojo y memoria escrita? De ahí la importancia de las polémicas sobre las relaciones entre Heródoto, Pericles y Atenas.

---

<sup>24</sup> H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, Ohio, 1966, p. 10: “Así hemos intentado, en lo posible, evitar las discusiones sobre hechos históricos, tratando la obra como una unidad orgánica inteligible en sí misma”.

<sup>25</sup> Véase, por ejemplo, S. Bernardete, *Herodotean Inquiries*, La Haya, 1969, pp. 1-6 y “El viejo Heródoto...”, más arriba.

¿A quién se dirige y por qué? De ahí las preguntas sobre el público de Heródoto, el conferencista, remunerado o no.

Pero el espejo tiene aun otros dos sentidos. Si bien es un espejo en negativo, en los *lógoi* dedicados a los no griegos es un espejo que Heródoto presenta a los griegos. Entre estos relatos, elegí el *lógos* escita, porque nunca dejó de fascinar a los griegos: fue el escita quien puso en fuga el ejército de Darío, rey de los persas; pero sobre todo es el nómada que no tiene casa, ciudad ni campo labrado.

El espejo de Heródoto es también el ojo del historiador que, al recorrer el mundo y relatarlo, lo pone en orden en un espacio griego del saber y, al mismo tiempo, construye para los griegos una representación de su pasado próximo: se vuelve rapsoda y agrimensor. Pero, más allá de él mismo, es también ese espejo a través del cual los que vinieron después tendieron a ver el mundo. Y aquí se plantea el problema del o de los efectos del texto y, por lo tanto, el del efecto del texto de historia.

Los diferentes sentidos adquiridos por la metáfora del espejo indican en realidad una concatenación de preguntas que conducen de los escitas de Heródoto al caso de Heródoto, de la lectura de un *lógos* a interrogarse sobre la manera de escribir la historia. En la lectura de algunos de los *lógoi* dedicados a los otros, se aborda el texto de Heródoto como un relato de viajes, es decir, como un relato cuya intención es traducir al otro en los términos del saber compartido griego y que, para hacer creer en el otro que ha construido, elabora toda una retórica de la alteridad. Por consiguiente, este estudio es la elección de un nivel de análisis, que no pretende ser excluyente de otros enfoques ni más importante que otros niveles: al indagar en el contrato que vincula al narrador con el destinatario, pretende sacar más del texto, no como consecuencia de un presunto culto de éste sino simplemente con el objetivo de esbozar algunas proposiciones para una semántica histórica.

Este viaje por Heródoto, a semejanza de su objeto primario, el nómada, no está cerrado en sí mismo ni acabado; por el contrario, invita a ampliar la investigación, ya que plantea de nuevo el problema del efecto del texto histórico, es decir, el del género histórico mismo, y vuelve sobre el lugar y la función del historiador en su sociedad. Tal vez un estudio sobre la mirada del historiador y el ojo de la historia ofrezca una vía de aproximación. Por eso ensaya una arqueología de la mirada del historiador, o al menos se describen algunos fragmentos de ella.

Pero en el caso de Heródoto, el problema de la función del *hístōr* no es separable de la historia de sus interpretaciones; y ésta, a su vez, si no quiere limitarse a la historia de las ideas, debe incluir una reflexión sobre la institución y la profesión del historiador: en pocas palabras, de las conferencias de Heródoto a una historia general de la historia,



considerada, según la fórmula de M. I. Finley, como un “practical subject”.